

SOBRE LA SEMIÓTICA DEL DISCURSO EN CIENCIAS SOCIALES

Por Jacques Leenhardt
EHESS, París

“Las bellezas del pensamiento científico no se ofrecen a la contemplación: aparecen simultáneamente al esfuerzo de construcción”

G. Bachelard⁽¹⁾

Por definición, una semiótica de las ciencias humanas se presenta como una semiótica del discurso de tales ciencias humanas. Es, pues, su vocación, o su derecho a la cientificidad lo que estará en el centro del examen que el semiólogo consagra a las ciencias humanas.

En un trabajo consagrado justamente al *Discurso de las Ciencias Sociales*,⁽²⁾ Greimas y Landowski se proponen analizar ese discurso distinguiendo en él tres comportamientos principales:

1. Discurso que persigue certezas científicas.
2. Interrogaciones sobre el sentido de la investigación.
3. Discurso de interpretación.

1. G. BACHELARD, *Le rationalisme appliqué*, Paris, P.U.F., 1973; pág. 214.

2. Cf. A.J. GREIMAS y E. LANDOWSKI, *Introduction à l'analyse du discours en Sciences Sociales*, Paris, Hachette-Université, 1979.

Todos los discursos posibles de los sociólogos, los hermeneutas, los críticos literarios, los historiadores, etc., podrían de este modo ser clasificados en alguna de estas tres categorías.

Se trata, para Greimas y Landowski, de describir los diferentes textos de las ciencias humanas como tantas otras narraciones que relatan, según la hipótesis de Propp, una *transformación de estado*. A partir de un estado de no-saber, ¿cómo se pasa a un estado de saber final, cómo el discurso produce la liquidación de la falta inicial de saber, tal como es operada por un *sujeto performador* dotado previamente de *competencia cognoscitiva*?

Greimas y Landowski orientan, por lo tanto, su investigación hacia tres tipos de *acción cognitiva* que dé lugar a tres tipos de relatos:

1. El discurso del descubrimiento
2. El discurso del cuestionamiento
3. El discurso interpretativo.

La tipología que nos proponen no está, sin embargo, determinada solamente por una semiótica narrativa. Greimas y Landowski se apoyan igualmente en una especie de tipología de las actitudes históricas respecto del saber.

El primer tipo pertenecería a una "generación", que se hallaría, de algún modo, en una situación históricamente privilegiada puesto que se muestra animada por "el optimismo de una generación" de constructores". Acompañan los nombres de Mauss, Siegfried, Dumézil, Febvre, Lévi-Strauss.

El segundo tipo haría aparición con lo que los autores designan como la crisis de las ciencias sociales y, por eso, convocaría a la filosofía, en especial del lenguaje (Merleau-Ponty, Ricoeur).

Finalmente, otros estarían entre ambos polos, vacilando entre la pura interrogación epistemológica y el "hacer científico" propiamente dicho (Bachelard, Francastel, Barthes).

Se percibe en este argumento algo así como la pulsación de una dialéctica hegeliana historizada, de tipo tesis-antítesis-síntesis, que podría ser declinada también freudianamente: padre dominador, hijo impotente, bastardo.

Pero se podrían retomar esas descripciones que toman la forma de un relato a partir de una formulación propiamente lógica. Tendríamos entonces:

1. El discurso tético de las ciencias sociales (su hacer científico) intenta argumentar, en el curso de su desarrollo, en relación con su "decir-verdadero", o sea que trata de prever las condiciones de veredicción de sus enunciados.
2. Pero tal cuestionamiento contiene en sí mismo algo diverso a una sanción *a posteriori*: por su propio ejercicio presenta la exigencia de establecer los fundamentos epistémicos de todo discurso futuro en ciencias sociales.
3. El tercer "paso" se muestra, en consecuencia, menos sintético que voluntariamente descuidado respecto de las etapas precedentes del proceso científico; confrontado a las contradicciones que resultan de la situación epistemológica del discurso científico en las ciencias sociales, se repliega sobre un discurso de pretensión menor y se contenta con una actitud puramente interpretativa.

Historia de los intelectuales y sociología histórica del conocimiento se relevan, por consecuencia, en el párrafo en el que Greimas y Landowski establecen su tipología de los pasos a dar en ciencias sociales, sin que haya, por otra parte, jerarquización de tales puestas en escena puesto que esos autores tampoco los distinguen y los presentan, por el contrario, como equivalentes.

Tipología de los discursos

Desde el punto de vista de la Semiótica del discurso en ciencias sociales, toda presentación de un trabajo científico, y no sólo en ciencias humanas, se funda en las formas del relato y pone en marcha un verdadero *dispositivo* actancial (p. 18). Esto lleva a Greimas y Landowski a reconocer dos tipos de discurso: el discurso del *descubrimiento* y el discurso del *cuestionamiento*. Esa es la posición asignada al destinador considerado como *instancia epistémica* que provee el criterio distintivo de ambos discursos. En el discurso del descubrimiento, el actante "destinador" tiende a objetivarse en un lugar otro que en la figura del sujeto que discurre; la convincente necesidad del discurso del descubrimiento halla su principio de autoridad fuera del sujeto que discurre tomando las formas diversas de la evidencia.

Esa toma de partido por la objetivación de las condiciones episté-

micas del hacer cognoscitivo, que deja en la sombra la isotopía discursiva "epistemológica" como isotopía de la argumentación, otorga, por el contrario, indiscutiblemente, una *competencia* específica al sujeto descubridor, que garantiza la posibilidad misma del descubrimiento (singularidad de la aventura intelectual, predestinación, gracia, azar...). Sólo a continuación aparece la necesidad de un recorrido *metodológico* que hará pasar la "convicción íntima" a la operabilidad. El discurso del descubrimiento tenderá, de este modo, a cambiarse en discurso de la investigación como fundamento del "descubrimiento", por parte del sujeto cognoscitivo, de los modelos de inteligibilidad.

Discurso del cuestionamiento

Junto a estos discursos del descubrimiento y de la investigación, estrechamente articulados, como se acaba de ver, se encuentran discursos que, en lugar de exhibir su hacer operatorio, se agotan, si así puede decirse, en condiciones metodológicas de manera tal que nunca se ve que aparezca ninguna puesta en acción. En ese caso, la reflexión epistemológica no reglamenta, interroga y se transforma, con frecuencia, en interrogación sobre la interrogación.

En esas situaciones límite, finalmente se trata menos de las condiciones epistemológicas del saber (¿qué puedo saber?), por lo tanto de la calificación del sujeto epistémico, que de la *instauración* misma de ese sujeto (querer-hacer, querer-saber). Si el *discurso de la investigación* implica una transitividad del proceso de atribución de la competencia, en el *discurso del cuestionamiento* el enunciador mismo es quien se constituye en su propio destinador epistémico.

Operacionalizar una hipótesis consiste, entonces, según Greimas y Landowski, en la ejecución silenciosa del pasaje del discurso del descubrimiento, regido por el procedimiento de la evidencia, al discurso de la investigación que subsume la competencia del sujeto cognoscitivo mediante los procedimientos verificables y repetibles del método. Tal es el esquema seguido por toda filosofía crítica y, ante todo, por la de Descartes. Recuerdo una intervención de Jean Wahl⁽³⁾ en la que analizaba lexicográficamente los usos de *sum* en

3. Cf. J. WAKE, "Exemple d'une regle inconnue; le verbe être chez Descartes", en *Descartes*, Cahiers de Royaumont, Philosophie, No. 11, Paris, Editions de Minuit, 1957, pp. 360-366.

las *Meditaciones*. Designaba cuatro sentidos;

1. El *sum* acontecimental*: turbatus sum - he sido golpeado por una especie de evidencia de la que no puedo evadirme.
2. El *sum* epistemológico: Sunt Chimerae nihil est certi - un sola cosa es clara: nada es cierto. Este *sum* se descompone, por lo tanto, en una certidumbre y un no-saber.
3. El *sum* posicional: yo, por lo menos que lo piense/engañándome, existo, soy.
4. El *sum* de esencialidad: mi alma está ligada a mi cuerpo.

Descartes emplea, por lo tanto, el esquema de un relato de búsqueda, en el que figura el mismo adyuvante y oponente (Dios y el Genio Maligno) según la secuencia: acontecimiento/duda epistemológica-certidumbre epistemológica/posición del yo/saber. Finalmente, una de las características de los discursos de descubrimiento es ser avaras de condiciones metacientíficas, mientras que los discursos auto-reflexivos son con frecuencia mudos acerca de un "hacer" operatorio y se refugian en el dogmatismo metacientífico.

Pero, más allá de una tipología de los discursos en las ciencias sociales, la argumentación de Greimas y Landowski apunta, de hecho, a resolver la difícil y muy debatida cuestión del sujeto de esos discursos, en beneficio del saber semiótico:

"Lo que se denomina así, ese "sujeto" interrogado infatigablemente considerándolo como la instancia (social, política, psíquica) productora del saber, ¿no podría, en efecto, ser encarado también, a la inversa, como un producto del discurso, como un efecto de sentido, es decir como un objeto semiótico?"⁽⁴⁾

Se ve que, tras ese modesto "encarar también" surge una operación mayor de reducción de un "simulacro de sujeto". Porque el propósito de esta semiótica del discurso de la ciencias humanas no se li-

* N. de T. Podríamos haber traducido el fr. "évènemential" por "del acontecimiento" pero hemos preferido el barbarismo "acontecimental" porque conserva más el alcance adjetivo de la expresión original.

4. A.J. GREIMAS y E. LANDOWSKI, "Les parcours du Savoir", en op. cit., p. 27.

mita a determinarle sus formas. Si en las ciencias humanas, nos dicen Greimas y Landowski, ningún programa narrativo del puro saber puede ser descubierto, es porque el recorrido cognoscitivo propiamente dicho se lleva a cabo bajo la ley de un programa ideológico de finalidad social e histórica y ello plantea exigencias contradictorias. No habiendo encontrado un puro recorrido cognoscitivo, habiendo, por el contrario, comprobado por doquier una finalización del saber, nuestros autores deducen de ahí que el discurso de las ciencias humanas no cumple con su finalidad de puro saber, es decir de saber sin sujeto. Sigamos su argumentación:

“Si la epistemología contemporánea, al introducir la noción de objeto construido, ha abolido progresivamente la ilusión de un trabajo científico que se ejercería directamente sobre el dato empírico, quizá le corresponda en parte a la semiótica mostrar cómo el discurso científico construye también ese otro gran artefacto de lenguaje: el simulacro de un sujeto (...)”⁵⁾

Así, del mismo modo que la ciencia ha revocado la idea de que se tendría, en el saber, un faz a faz que opone un sujeto y un objeto, en la actualidad nos sería menester, ayudados por la semiótica, revocar la noción de *sujeto* del saber de las ciencias humanas, no para interrogarlas acerca de su calidad y estructura sino para ver en ellas sólo un *simulacro*, simulacro del sujeto producido por la estructura narrativa del saber mismo.

De esta manera, a partir de la idea de que el sujeto del saber en física construye su objeto y lo construye a partir de un lugar y de un tiempo que le son propios, como sujeto cognoscitivo, sería preciso concebir el sujeto cognoscitivo de las ciencias humanas como un “artefacto de lenguaje”, una sombra llevada por el discurso.

Convendría, ante todo —pero no es este mi propósito— señalar que se trata, en este argumento basado en el paralelismo, de dos nociones de *construcción* radicalmente diferentes. La construcción del objeto en física einsteniana no tiene nada de la producción de un simulacro: es la posición clara de las condiciones de validez de un discurso cognoscitivo sobre el objeto.

Es precisamente porque el objeto del saber es construido que el

sujeto no podría ser considerado como un simulacro, como un efecto de sentido producido por la estructura narrativa. Pero si no es un simulacro, ello no significa, de ninguna manera, que sea esa conciencia plena y asegurada, esta subjetividad capaz de firmar el producto de su hacer. Es preciso, por el contrario, considerar el sujeto del saber mismo como construido en relación al *sabido* y como construyéndose en relación con el relato de su búsqueda.

“La posición constructivista o dialéctica consiste, por el contrario, en su principio mismo, en considerar el conocimiento como ligado a una acción que modifica el objeto y que lo alcanza, por lo tanto, sólo a través de las transformaciones introducidas por su acción. En ese caso, el sujeto ya no está frente al objeto —y en otro nivel—, observándolo tal como es o mediante anteojos estructurantes: se zambulle en el objeto por su organismo, necesario para la acción, y reaccúa sobre el objeto enriqueciéndolo con los aportes de la acción; es decir que sujeto y objeto están, a partir de ahí, situados exactamente en el mismo nivel o, mejor dicho, en los mismos niveles sucesivos a la medida de los cambios de escalas espaciales y de los desenvolvimientos genéticos e históricos. En suma, no hay más derecho de frontera entre el sujeto y el objeto: el sujeto se prolonga en sus artefactos instrumentales o aparatos insertos en el objeto, del mismo modo que su lógica y sus matemáticas traducen las estructuras progresivas de la coordinación de sus acciones, coordinación cuyas fuentes se remontan hasta las coordinaciones nerviosas y orgánicas”⁶⁾

Se admitirá, por lo tanto, de acuerdo con la semiótica del texto crítico, que el discurso de las ciencias humanas adopta las formas del relato, pero se tendrá cuidado también en mostrar cómo, en esos relatos, se construye el sujeto de tal saber, bastante alejado del simple simulacro que pueda pretenderse.

Es preciso, a partir de ahí, abordar el relato no sólo desde la perspectiva de los actantes, como lo hacen Greimas y Landowski, sino también mediante el análisis de las voces discursivas. En efecto, el saber no es simplemente un “hacer”, como dejaría creerlo la semiótica: es un proceso de auto-conocimiento y de comunicación más complejo que lo que la noción de actante puede asumir.

Se concluye de ello que la cuestión de la operacionalidad se presen-

5. Idem.

6. JEAN PIAGET, “Les courants de l'épistémologie scientifique contemporaine”, en *Logique et connaissance scientifique*, Paris, Gallimard, 1967, p. 1244.

ta bajo una nueva luz. Para Greimas y Landowski se trata de recuperar el descubrimiento del actor individual, por un actante colectivo (el sujeto cognoscitivo). Se trata, por lo tanto, de un efecto de sentido del discurso puesto que es el actor individual mismo quien se disimula tras el actante sujeto cognoscitivo, mientras que, de hecho, es siempre él quien profiere el discurso. Tal es la comedia de la operacionalización, velo en la mirada discursiva que mantiene finalmente lo arbitrario del descubrimiento disimulándolo con el método.

No habría sujeto del discurso que no sea producto del discurso. Veremos.

La operacionalización no es quizás, simplemente, un llamado a la autoridad anónima del discurso veridiccional. El positivismo metodológico de la semiótica, quiero decir su modelo ideal proveniente de la vieja idea de una ciencia totalmente positiva, de un saber en pura exterioridad, conduce aquí a Greimas y Landowski a concebir el recurso al método, es decir la argumentación metodológica, sólo mediante el modelo de un procedimiento normado de veredicción. En ese caso de figura, el método es un aparato necesario pero neutro, un simple intermediario, un vehículo riguroso del procedimiento de producción de la evidencia verdadera.

Quisiera proponer otra noción del método y, por consecuencia, de la búsqueda de saber en las ciencias sociales. Y para decirlo de entrada directamente, quisiera sugerir que se vea en el método de las ciencias sociales un elemento dialógico del discurso científico.

El discurso del método es tanto un discurso de los fines como una gramática de lo verdadero. Es preciso haber abierto el de Descartes para saber que se trata de un relato, una "historia de su espíritu",⁽⁷⁾ y Leibnitz no se privó de reprochárselo. Reglas y métodos no se confunden.

"En cuanto al método", dice Descartes en las *Regulae ad directionem ingenii*, "entiendo por ello reglas ciertas y fáciles cuya exacta observación permitirá que nadie tome nunca nada falso por verdadero y que, sin hacer ningún gasto inútil de inteligencia, llegue mediante un incremento gradual y continuo de conciencia, al verdadero conocimiento de todo lo que sea capaz de conocer.

7. Cf. Carta de Guez de Balzac a Descartes, del 30 de marzo de 1628.

"Hay que observar aquí dos puntos; no poner seguramente nada de falso en lugar de lo verdadero, y llegar al conocimiento de todo".⁽⁸⁾

No podríamos insistir con mayor nitidez que la de Descartes acerca de la dualidad aquí cuestionada: no tomar nada falso por verdadero y, por incremento gradual, alcanzar el conocimiento de todo.

Sería preciso aquí, por una vuelta de historia de la filosofía, mostrar cómo se articulan, en el propio Descartes, los discursos matemático y metafísico, y la función de esta dualidad.

Yo vería de buen grado en Descartes, y más cerca de nosotros nuevamente en Barthes, una forma de ensayismo en busca de la prueba de sus fuerzas intelectuales, retomándose, sobrepasando perpetuamente su propio ensayismo en un esfuerzo constante hacia la totalidad. De donde, la doble prescripción, en Descartes, sobre la cual he insistido más arriba.

La forma del relato en el que se cuenta la recuperación metodológica de las certidumbres primeras no es, por lo tanto —como lo sugieren Greimas y Landowski—, una comedia de la operacionalidad. Esta forma es la forma misma del saber en ciencias humanas e inscribe el necesario lugar de la filosofía en esta órbita.

Goldmann habló de ello bajo el nombre del "desafío", Descartes de la "duda", Barthes le ha dado la forma de una errancia a través de las discursividades cuyos presupuestos más que oponerse se completaban —psicoanálisis, crítica ideológica, semiótica metafísica del "yo"—; Sartre intentó la articulación de la afirmación subjetiva con la necesidad de los conjuntos concretos en *Question de méthode*. Aquellos cuyo campo comprendía la categoría de la totalidad (Sartre, Goldmann) la han empleado para organizar una figura del mundo de las cosas así como del mundo del espíritu en el que la dialéctica pudiera servir como método; aquellos cuyo arsenal carecía de esta categoría (Descartes, Barthes) pero cuyo trabajo estaba animado igualmente, en su interior, por la necesidad de coordinarlo todo, le han impreso a su búsqueda la forma más recitativa de una gestión que pasa sucesivamente por todos esos puntos, cuya proyección dibujará finalmente el perfil de la totalidad. Recorrido de investigador que la semiótica ha cernido con más comodidad que la que habría empleado para hacerlo con los discursos de la totalidad (Gold-

8. R. DESCARTES, "Regula IV", *Regulae ad directionem ingenii*, Paris, Vrin, 1945, p. 19, trad. de Sirven.

mann, Sartre) curiosamente o, más bien, significativamente ausentes del muestrario presentado por nuestros autores.

Basta con decir que la forma discursiva por medio de la cual el saber es transmitido en ciencias humanas, se presenta, necesariamente, de una manera dialógica en la que el destinatario del texto es constitutivo del destinatario de la búsqueda cognoscitiva. No hay sujeto cognoscitivo que pueda desenvolver su búsqueda sin la existencia de un sujeto epistémico, que, a su vez, sólo podría ser plural. Toda tentativa de saber, en nuestras disciplinas, plantea, por lo tanto, el acto de saber y su sujeto (cognoscitivo) como dialogando con entidades ya constituidas del saber (saber institucionalizado) y de los destinatarios.

No hay discurso solipsista del saber. En la medida en que se pueda imaginar un discurso solipsista, el de una crítica en primera persona del tipo Rousseau crítico de Jean-Jacques, entramos en la declaración o la confesión. Tocamos aquí, por otra parte, un límite incesantemente amenazado por la tentación de una toma de distancia que plantearía: yo es otro y que haría recaer ese discurso solipsista en las formas acostumbradas del saber.

Todo discurso crítico se enuncia, en consecuencia, al menos en la segunda persona. El "tú", se sabe, implica el "yo", que permanece en el interior del enunciado, pero manteniendo la exterioridad de lo otro. Se podría calificar la crítica enfática de un G. Poulet de crítica en segunda persona: el otro del acto de saber crítico está mediatizado como persona por la subjetividad del "yo". Se comprueba la trascendencia del "yo", forma gramatical de la persona subjetiva, en relación con el "tú", que toma la forma de una persona no subjetiva, dice Benveniste, para evitar calificarla de objetal.

Crítica en primera y crítica en segunda persona se oponen conjuntamente a la crítica en tercera persona. Aquí desaparece, o pretende desaparecer, un sujeto (crítico) enunciadador. Es, por otra parte, impropriamente que se habla aquí de tercera persona puesto que la enunciación no es sostenida por ninguna persona. Greimas calificaría este discurso como discurso del saber puro.

Pero, de hecho, asistimos en este discurso en tercera persona (en no-persona),⁽⁹⁾ a lo que se podría llamar un efecto de sentido gramati-

cal. La objetividad de la "no-persona" enunciatriz ("el", "esto") ocupa ampliamente el sitio de un argumento de autoridad, funda los enunciados impersonales, no personales del saber. La objetividad predicada al discurso en "tercera persona" puede, por lo tanto, aparecer legítimamente como un efecto de sentido del uso gramatical de la así designada "tercera persona". El "el" del discurso crítico es la marca de un discurso, del único discurso en el cual una cosa es predicada verbalmente. Ese "el", como se marca enfáticamente en las formas mayestáticas, sustrae la enunciación a toda relación de hombre a hombre, permite que el interlocutor se sitúe frente a una pura objetividad con la cual no tiene ninguna relación personal.

Esta construcción gramatical del discurso crítico tiene, ciertamente, su correlato en la noción de texto, que no tiene ni autor ni finalidad ni mantiene, en consecuencia, ninguna relación con un lector cualquiera. A lo sumo, se le concede un destinatario como figura textual interna del lector.

Es, por lo tanto, la ilusión (la ideología) de un discurso en no-persona lo que podría finalmente ser considerado como un efecto de sentido de la estructura gramatical de los enunciados del saber. ¿Puede encararse una salida a esta dificultad, y qué función, entonces, podría cumplir la operacionalización, es decir, el discurso del método?

Quisiera seguir conjugando e imaginar un discurso en ciencias humanas que se enunciara en primera persona del plural: Nosotros.

Los lingüistas han hecho algunos progresos en el estudio del Nosotros. En otra época, Goldmann se mofaba de Bruneau y Heulluy que, en su gramática francesa, afirmaban que "yo no tiene plural. Nosotros es yo y tú"⁽¹⁰⁾. Para hacer surgir la imagen de un nosotros colectivo, Goldmann citaba a Brecht:

'Nosotros y Yo y Tú, no es lo mismo'. Lo que significa; no hay Nosotros más que donde hay comunidad auténtica".⁽¹¹⁾

Benveniste señala, en la actualidad, que la unicidad y la subjetividad inherentes al "yo" contradicen la posibilidad de una simple pluralización. "Nosotros" no es pluralización de objetos idénticos. Pero ello no quiere decir más que no haya pluralización y que debamos

9. Cf. E. BENVENISTE, *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966, p. 228.

10. L. GOLDMANN, *Sciences humaines et philosophie*, Paris, Gonthier, 1976, p. 24.

11. *Ibid.*, p. 25.

atenernos a la dualidad "yo" más "tú". La junción que sobresale en el "nosotros" es infinitamente más amplia: opera la unión del "yo" y del "no-yo":

"Esta junción forma una totalidad nueva y de un tipo muy particular en el que los componentes no son equivalentes: en 'nosotros' siempre es "yo" quien domina puesto que sólo hay 'nosotros' a partir de "yo" y ese yo sujeta al elemento "no-yo" mediante su cualidad trascendente"¹².

Benveniste supera, pues, la idea de un "nosotros" constituido por el diálogo yo-tú; y ello, como se ha visto, a partir del momento en que el "tú" incribe ya el "yo": soy yo quien dice "tú", y la figura enunciativa permanece en la persona prenominal o verbal. El "nosotros" forma, pues, una totalidad nueva en la que predomina el "yo".

La complejidad de esa persona verbal me parece muy capaz de sostener el discurso de las ciencias sociales. Lejos de atrincherarse detrás de un "él" de impostura, de no-postura, el nosotros tendría la ventaja de poner doblemente en posición su discurso en relación con el sujeto cognoscitivo, individual y enunciador, y en relación con el sujeto plural epistémico.

Ciertamente, el "nosotros", como el "se", ha servido ya para proferir discursos impersonales: los del autor y del orador. Entonces, la persona del elocutor se dilata, se hace a la vez más masiva y más solemne.

Yo desearía, no obstante, considerar aquí el "nosotros". 1. como el necesario fundamento gramatical del discurso de las ciencias humanas y, en consecuencia, 2. como una de las marcas semióticas de ese discurso al mismo tiempo que 3. como el signo de su particularidad epistemológica.

En efecto, en lugar de querer velar su historicidad, el discurso de las ciencias sociales debe asumirla plenamente, no sólo como su condición, es decir, como una determinación insuperable, como una necesidad de poseer, como discurso, una eficacia.

El error consistiría, en efecto, en creer que todos los saberes des-cansan, como saber, en una epistemología única y universal, cuyo modelo sería la separación entre un sujeto cognoscitivo y un objeto a conocer.

Si el discurso de las ciencias sociales toma la forma de un relato no es, como señalan Greimas y Landowski, porque intenta disimular su fracaso en ser un puro saber exterior a su objeto produciendo un simulacro de sujeto epistémico en la sombra de su recorrido del método. Si el discurso de las ciencias sociales toma la forma de un relato, es porque debe recrear, cada vez, las condiciones del consenso epistemológico sobre cuya base su saber puede pretender la verdad. En su dominio, ningún consenso es adquirido e inmutable, en la medida en que las prioridades sociales humanas cambian.

El sistema de jerarquización de las prioridades, por lo tanto, se modifica. La definición de la eficacia del saber y, por lo tanto, la definición de las condiciones del saber se encuentran, a su vez, modificadas. Es necesario, entonces, para que el saber en ciencias sociales sea un saber, que haya consenso. Todo discurso en ese campo debe, en consecuencia, situar el *nosotros* del consenso metodológico como fundamento de su pertinencia.

El discurso narrativo y la interrogación metodológica constante de las ciencias sociales son, entonces, constitutivos de la comunidad científica que juzgará su saber pertinente. Como discursos deben crear las condiciones de su receptibilidad. Son "Gesellschaftsbildend", "formadores de sociedad", razón por la cual el "nosotros" gramatical tiende a integrar el destinatario del discurso en el sujeto epistémico. El sujeto cognoscitivo, el investigador, jamás puede pronunciar el saber en su propio nombre porque ningún consenso es reconocido por todos. La forma dialógica del *nosotros* y la forma ensayística del discurso de las ciencias sociales constituyen, por lo tanto, y de este modo concluiré estas reflexiones, en su forma discursiva misma, las condiciones sociales de la veredicción en el campo de las ciencias sociales.

(Traducción de Noé Jitrik)

12. E. BENVENISTE, op. cit., p. 233.